

JOSE ORLANDIS ROVIRA. (PALMA DE MALLORCA, 1918-2010)

Por

JOSÉ MANUEL PÉREZ-PRENDES MUÑOZ-ARRACO
Catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid
Var. Academiae
Dr, h, c, de la Universidad “Carlos III” de Madrid, et alii

Revistas@iustel.com

e-Legal History Review 11 (2011)

Te será la tierra leve, por haber frecuentado la bondad. Familiares te fueron los siete caballos apocalípticos que, si devastaron en la posguerra civil española todo el ámbito académico, serían sobremanera perceptibles en un mundo como el nuestro, cuyo sentido es construir una “Anatomía del Derecho”. Todos sabemos sus nombres, Exilio, Abandono, Exclusión, Calvinismo, Soberbia, Oportunismo y Silencio. Es perfectamente fácil decir los apellidos de sus jinetes más acreditados, pero no este lugar para hacerlo, porque tú, cuando los veías cabalgar, supiste ser bueno, discreto, sabio y fuerte y no te gustaría ahora esa personalización. Habrá quien diga que tú convivías con los cuatro últimos, pero más verdadero será anotar que ninguno de tus coterráneos (por oposición a “transterrados”) estrictos en nuestro gremio, hacían precisamente lo que tú hacías. Frente al calvinista sostuviste la bondad. Ante el soberbio ejerciste la discreción. Para el oportunista enseñaste el duro ejercicio de la sabiduría ganada a diario. Para el que callaba, queriendo perjudicar con su mutismo, mostraste la fortaleza de tu opinión manifestada. Y poco te importó que todos esos dijeran que eran tus compañeros.

¿Acaso lo eran?

Ya te comenté, cuando hablamos de uno de tus últimos libros sobre ciertos aspectos de aquellas peripecias personales tuyas, que una cosa es lo formal y otra lo vital, pero de nuevo contestaste con tu sonrisa de niño bueno y seguiste en tu silencio. Mis recuerdos acerca de ti siempre están teñidos de ese carácter tuyo.

Quiero recordarte contándome que fuiste discípulo de José López Ortiz ¿Venía de ahí tu calidad inicial de buen y confeso germanista, acreditada en tus trabajos en el *Anuario de Historia del Derecho Español*? No lo sé, pero sí, estoy cierto que ella te permitió transitar con soltura al mundo visigótico, en el que no solo podemos valernos con el latín

y los Derechos romano y canónico, aunque también de los tres necesitamos. Así llegaste a ser nuestro máximo visigotista, cuando ya el inexorable calendario había silenciado a Manuel Torres.

Quiero recordarte en el I Congreso Internacional de Historia del Derecho, único de tal entidad que se haya organizado en España (Universidad de Granada, 1975). Estuvimos en buena compañía con Pierre Vilar, Witold Kula, Josep Fontana, Hans Thieme, Rafael Anes o Miguel Artola. Recogidas quedaron por impreso tus intervenciones en sus coloquios y yo no he de añadir otra cosa que el recuerdo de cómo volcaste tiempo y entusiasmo en un evento creador de herramientas conceptuales e institucionales cuya existencia y efectos tratarían luego de borrar en vano los mismos penúltimos jinetes cuando lograron galopar sobre aquella Cátedra.

Quiero recordarte cuando, pasados los tiempos más duros del necio negacionismo ante los evidentes rastros germánicos en la Historia de nuestro Derecho, coincidimos en tu Universidad de Pamplona en el tribunal de tesis doctoral de Javier Pampliega sobre las etnoconfiguraciones visigóticas en la Península y pudimos sonreír juntos considerando las demasías interesadas con las que los jinetes putativos del penúltimo caballo habían ido socavando el tema.

Quiero recordarte más tarde en el tiempo, cuando escoltado por tu inicial discípulo Domingo Ramos Lisón, luego pausado maestro de Patrística, aceptaste viajar a Madrid para que mis alumnos de la Complutense pudieran comprobar que no eras solamente “una serie larga de fichas bibliográficas” Ese argumento te hizo mucha gracia.

Quiero recordarte cuando, ya alejados en la geografía, volvimos a entrecruzar nuestros discursos a causa de Goiswinta, Galaswinta y Brunegilda. Te encontré como el único historiador del Derecho español asomado a ellas y a su poeta Venancio Fortunato, cuando decidí hacerlo yo y así lo recordé (con ocasión del “Homenaje” a un colega común hace poco) al volver a quien no sabemos si fue último poeta romano o primero medieval.

Quiero recordarte como investigador incesante y de amplios horizontes. Afortunadamente los recursos de Internet permiten recoger la noticia de tus cientos de escritos. Solo contaré aquí la anécdota de tu media sorpresa, media ironía, aquella vez que supimos juntos de criterios evaluadores que recortan valor en los *currícula* a los autores de *Manuales*. En los tiempos de profesores en activo que tú y yo compartimos escalonadamente, la necesidad de esos instrumentos era perentoria para aproximarnos a lo que eran nuestras Mecas científicas, como por ejemplo Alemania. A ti (de mí no he de hablar) que trazaste exposiciones de esa clase sobre la Historias de la España visigoda y la de la Iglesia, te asombraba semejante criterio negativo tan toscamente generalizado, aunque ya no tenías que concurrir a evaluaciones tales. Y me escribiste en

un nota rápida “¿sabe [*quien tal cosa defiende*] cuanto cuesta de tiempo, pensamiento, vista y experiencia, *construir* un *Manual*”? Copio tu frase, pero subrayo “construir”. Era claro su sentido, hacer, crear, no sacar algo de la red con pinchazos en “copiar” y “pegar” sobre lo que otros engendraron. Te contesté, por la misma vía, algo así como “habría que distinguir, *construir* de *cortar-pegar* y luego evaluar razonándolo, pero hace falta *saber* y no hay muchos capacitados”. Y concluí la respuesta con una interpolación sobre el coplero medieval “¿a cuanto vale el oficio de ser *borrico* probado?” Solo quedó la posibilidad de sonreír. Lo hiciste al leerme y solo anotaste un sutil; “deja, deja, [*evaluemos*] lo que creamos justo y en paz”. Como siempre practicaste la bondad, siempre la postura más inteligente es la más bondadosa, aunque bondad no es simplicidad.

Quiero en fin, recordarte, *amich del cor*, en tu dulce lengua materna, como justo destinatario de los versos que Miguel Costa y Llobera dedicó a tu antepasado Pedro Orlandis y Despuig, cuyos leves ecos vitales y poéticos tú rescataste del olvido:

ser delicat e intens

gorch blau de fondes aygues qu' a l'ombra reflectias

la flor y el puig inmens